

1.1 | CENTROS SOCIALES DE SEGUNDA GENERACIÓN

Lorenzo Sansonetti [Next Scola, Roma].

De la revista romana *Posse*, nº 5, 2002. Trad. del italiano: Eugenia Mongil

POR UNA AUTOENCUESTA.

SOBRE LAS MUTACIONES ANTROPOLÓGICAS DE LA NUEVA GENERACIÓN DE MILITANTES. POR UNA NUEVA GENERACIÓN DE OCUPACIONES. POR LA GENERALIZACIÓN DE LA AUTOGESTIÓN.

Este fragmento quiere ser un estímulo para iniciar una reflexión, suspendida desde hace algún tiempo, sobre cómo han cambiado los centros sociales estos años, sobre el papel que han tenido en el crecimiento y en la sedimentación de los movimientos globales, sobre cómo va el nacimiento una nueva generación de ocupaciones en Italia y en todo el mundo. Este razonamiento se mueve en dos planos.

Por un lado se quiere iniciar un primer *brainstorming* para una *autoinchiesta* política sobre las mutaciones antropológicas avenidas dentro y en torno a los centros sociales, desde los militantes más cercanos a las *community*, desde los nuevos activistas a los frequentadores tradicionales, leyendo también los elementos de crisis subjetiva que muchos de éstos atraviesan dentro de las nuevas formas asumidas por los movimientos: crisis de identidad, de acción, de expansión, de participación. Por otro lado se intenta mirar hacia delante, aventurando la idea de que esté naciendo una segunda generación de centros sociales, como instrumento de autoorganización de la multitud, y en la medida en que la autogestión puede ser una forma constituyente de los nuevos movimientos.

Estas reflexiones nacen en el trayecto que ha llevado a la ocupación de la Escuela en Roma en el año noventa y nueve, y que hoy se propone iniciar una nueva aventura; desde las afinidades construidas en estos años, desde los recorridos colectivos e individuales, desde discusiones ya tenidas, desde experimentos probados; una mirada subjetiva, un relato de fragmentos, una proyección de experiencias aún por vivir.

01. La parábola de los años noventa: los centros sociales desde el *underground* hasta el *overground*

Los años noventa han sido años de transformaciones radicales del sistema productivo, de la política institucional, de los movimientos sociales y de los productos imaginarios. Podemos sostener que en estos años los centros sociales ocupados autogestionados (CSOA) han sido la gran novedad política italiana. Han atravesado una parábola que los ha llevado de ser considerados lugares de exclusión a lugares de producción, de la supuesta autosuficiencia a la construcción de redes metropolitanas, nacionales, internacionales, lugares de construcción de espacio público y de relaciones entre movimientos y subjetividades diferentes. Ha sido una parábola larga y compleja, fragmentaria y contradictoria, hecha de experimentos, de desgarros, de replanteamientos, de saltos hacia adelante.

01.1 Rewind: fragmentos de los años noventa

Los primeros años noventa son los años de la explosión del movimiento de los CSOA que, en la ola del movimiento de la Pantera y contra la I Guerra del golfo, se difunden por toda Italia. Aquel ciclo, aunque contenía dentro de sí todas las novedades que luego explotarían, todavía estaba fuertemente condicionado por los ochenta, por una dificultad de comunicar y crear adhesión y reparto. Eran años de resistencia, en los que las energías se concentraban necesariamente en la defensa de los espacios conquistados y en las difíciles relaciones con los territorios circundantes.

Hacia la mitad de los noventa los centros sociales comienzan a salir del aislamiento, las prácticas y las culturas producidas en el circuito de la autogestión se difunden en amplios estratos juveniles, el papel de agregación, de producción de socialidad no mercantilizada se reconoce públicamente. De estos años hasta aquí relatamos, a continuación, algunos eventos significativos, fragmentos de una historia fragmentada.

La revuelta zapatista y el nuevo alfabeto de los movimientos hacen de 1994/1995 un bienio de cambios para los centros sociales; la insurrección zapatista de enero de 1994, la primera revuelta contra el neoliberalismo, se configura como un claro en la historia de los años noventa, al menos para los movimientos antagonistas de medio mundo. Los zapatistas construyen el nuevo alfabeto de los movimientos por venir, utilizan el lenguaje como instrumento de conflicto ("las palabras son armas"), acotan la globalización neoliberal como territorio necesario de las luchas, defienden la autogestión comunitaria como alternativa presente al dominio del capital. El zapatismo pone en crisis las tradicionales formas y categorías del hacer político, creando también fuertes rupturas con los movimientos de liberación precedentes, pero construyendo, propiamente en una utilización mitopoyética de la historia, una identidad que mantiene unidas la cultura indígena y la cultura revolucionaria. Se podría hablar mucho de cuánto y cómo el zapatismo ha influido en la evolución de una parte de los centros sociales italianos; quizás en el nuevo uso de la categoría de sociedad civil, la convicción de que la revuelta indígena es una parcialidad que puede contribuir a la revuelta social generalizada, la capacidad por parte del EZLN (de la vanguardia) de ponerse en discusión a partir de la consulta general, la capacidad de "caminar preguntando".

01.2 Leoncavallo: 10 de septiembre de 1994

Para el movimiento antagonista comienza una fase nueva, larga y trabajosa que llevará, a través de rupturas, a nuevas agregaciones, discontinuidades y recombinaciones, a la salida de la larga y difícil fase

resistencialista de los años ochenta. Son los años en los que en Roma comienza el camino del diálogo con la administración para la asignación de los espacios, mientras en Milán explota el caso Leoncavallo, capaz de convertirse en caso nacional, de dividir la opinión pública milanese para llevar a la calle a 10.000 personas y de producir un nivel de conflicto que deja intacto el consenso general obtenido. Aquella del 10 de septiembre de 1994 es una manifestación que se convierte en punto de inflexión, expresión de máxima intensidad de un ciclo de luchas, que contiene en su interior también su fin, el paso a otro ciclo, a una nueva fase política. El desalojo de un centro social, el primero y más conocido en Italia, se convierte en un bumerán para la derecha gobernante; en torno al Leoncavallo se recogen la solidaridad y el consenso de una parte importante de la cultura milanese. La de Milán viene a ser una manifestación de la oposición social al gobierno de derechas; es un intento, conseguido sólo en parte, pero es la señal de que algo está cambiando, de que los centros sociales pueden jugar un papel más importante que el de la sola defensa de los espacios.

01.3 El tren hacia Amsterdam: introducción a los movimientos globales

Desde la estación de Milán parte aquella experiencia que será anticipadora de la sucesiva fase de los movimientos globales. En Amsterdam se desarrollaba la cita final de la red de los marcos europeos contra el paro, con la que los CSOA tenía bien poca relación y afinidad política. Por primera vez los centros sociales consiguen integrar aquella multitud que los atraviesa cotidianamente en una empresa colectiva más allá de las fronteras. Amsterdam es la meta que hará posible la empresa, porque pone en juego algunos de los elementos de identificación propios de los centros sociales; el consumo de drogas ligeras (legalizado en Holanda), la búsqueda del placer colectivo animará a mover el cuerpo de aquella multitud que, por primera vez, se da el nombre común de "precariado", nombre de esa condición generacional difusa. Son esos elementos más propiamente sociales, biopolíticos, antes que la participación en la manifestación, el instrumento de acción política; la cuestión de la libre circulación de las personas a través de las fronteras, antes que la lucha contra el paro, el conflicto puesto en juego por aquel movimiento. Es una experiencia introductiva a los movimientos globales, en la que el elemento del viaje y de la superación de la frontera se hará fundamental.

"Por primera vez en varios años, no son los encuentros de calle como fondo de la manifestación los que atraviesan el sentir colectivo, los techos más o menos heroica o simbólicamente defendidos, no es la defensa de nosotros mismos a contaminar, a crear identificación política, sino todo un imaginario por descubrir pero que se percibe como vencedor..." (CSOA Leoncavallo, en *Derive Approdi*, 1999).

01.4 Mutación social y *autoinchiesta*

Este paso, de la periferia al centro, de la marginalidad al protagonismo, de la invisibilidad a la sobreexposición mediática (que tendrá en Génova su vértice), profundiza sus raíces en la mutada composición social de los CSOA. Los años noventa son una década de grandes transformaciones desde el punto de vista de la producción; asistimos a la explosión de la economía de redes y de las finanzas, se cumple la primera fase de la globalización. Alrededor de la categoría de postfordismo se encienden numerosos debates, pero algunos datos aparecen incontrovertibles. El trabajo se ha transformado, la fábrica fordista pierde centralidad, la producción se difunde en el territorio metropolitano y en el tiempo, hasta confundirse con la vida. El saber y el lenguaje, el afecto, las capacidades relacionales y comunicativas se convierten en los recursos principales para trabajar. Por lo que los centros sociales pasan de

ser lugares después del trabajo, a lugares donde sustraer el propio tiempo al trabajo asalariado, las propias capacidades: espacios de valorización de una comunidad, de un proyecto político común o de la realización personal. Por tanto, no ya lugares separados, aislados e incontaminados, guetos o islas, sino centros de producción autónoma y contaminada. A partir de la observación de estos fenómenos, en 1996 Bonomi hizo la provocación de definir los CSOA como empresas sociales, que producen ese recurso (raro y por tanto de gran valor en el postfordismo) que es la socialidad. Tras un encendido debate y diferentes críticas, al año siguiente, el Leoncavallo, en colaboración con Bonomi y Cox 18, realizó una encuesta acerca de la composición social de los militantes y de los frequentadores de los centros sociales. De esta búsqueda resulta que el proletariado juvenil tradicional se ha descompuesto y recompuesto en una multiplicidad de sujetos, de figuras, de actitudes trabajadoras y sociales diferentes. Son las nuevas formas de trabajo atípico, de los trabajadores autónomos de segunda generación a los contratados a tiempo determinado, de los estudiantes-trabajadores a los jóvenes en formación-trabajo los que caracterizan la composición social del Leoncavallo. Son esas multitudes de precarios, de las identidades móviles, de los lugares de referencia múltiples, del trabajo intermitente, que ninguna organización política tradicional consigue interpretar o representar. Algunos años después (en 2000), también en Milán, se lleva a cabo una autoencuesta más subjetiva, sobre las percepciones del trabajo, sobre el imaginario, sobre los deseos; es realizada por el grupo Radar, que nace en el interior del Laboratorio Bula. Es un precioso documento que nos dota de algunas ideas interesantes y en cualquier modo inesperadas. El primer elemento a destacar es que para una parte de los entrevistados “la flexibilidad no se ve como un monstruo”, sino como una posibilidad de libertad en la medida en que es autodeterminada. El trabajo tiene un doble valor: de fatiga, explotación, aburrimiento por un lado, pero también de deseo, autorrealización, autonomía. Sobresale con una cierta constancia que el trabajo deseado es de tipo cognitivo y creativo, pero que los tiempos y los ritmos impuestos precarizan la existencia. El centro social ha jugado un papel fundamental a través de la autoformación y para algunos se ve como un lugar potencial de trabajo o fuente de renta. Emerge una subjetividad suspendida entre trabajo y formación, que busca volcar la flexibilidad impuesta en libertad de movimiento, que valoriza las capacidades adquiridas con el trabajo en la actividad del centro social y viceversa.

En la segunda mitad de los años noventa en Italia existe una difusión de masa de las tecnologías informáticas, de los ordenadores personales y de las redes telemáticas. El mundo de los centros sociales, de siempre sensible a la libertad de comunicación, es atravesado por una serie de experiencias pioneras; tras las primeras BBS (Ava al Forte Prenestino), y Ecn (Islas en la red), se produce una verdadera explosión de sitios web, proyectos telemáticos, forum, chat, listas de correo unidos al circuito de los centros sociales. Justo al final de los noventa en los centros sociales se realizan los primeros *hackmeeting*, de los que nacerán los *hacklab*, laboratorios informáticos en los que la manipulación de las tecnologías, la autoformación y la difusión de los saberes se transforman en instrumentos fundamentales. La explosión de la autogestión de la comunicación, de la informática de base son terrenos de frontera del trabajo que redefinen la composición social de los CSOA, haciendo de los trabajadores de la conciencia, los *brainworkers*, una de las subjetividades constitutivas de los centros sociales de segunda generación.

02. De Seattle a Génova: la explosión de los movimientos globales

Las anticipaciones de los zapatistas, la capacidad de conjugar la acción local territorial con la necesidad de construir movimientos directamente a escala global, llevan a los centros sociales a ser uno de los vectores naturales del movimiento que explotó en Seattle. Se cierra definitivamente una fase polí-

tica y se abre el primer ciclo de luchas globales, el ciclo de los asedios en los *summit* de los poderosos, de los controvertidos, de la desobediencia civil. Ya no existe el movimiento de los centros sociales de los años noventa, pero los espacios autogestionados pasan a ser los lugares donde se discute, se prepara y crece el movimiento de Génova. A un lado está la gran capacidad comunicativa y de innovación de las prácticas de conflicto, al otro, la hipótesis de qué interesa más, se da la capacidad de intuir las transformaciones que tienen lugar en la producción social. La presencia difusa en el territorio convierte a los centros sociales en puntos de observación privilegiada y lugares de construcción local de resistencia y alternativa a la globalización neoliberal. Génova representa la síntesis y el paso. Síntesis y condensación de una década de acumulación, explosión de las nuevas subjetividades del trabajo y de las contradicciones globales. Pasaje, *crossover*, comienzo de una nueva fase.

02.1 2002: Después de Génova. La difusión social de movimiento... Las organizaciones crujen

Después de Génova en Italia se produce una especie de desgarramiento en el imaginario, se difunde la percepción de la necesidad de una movilización general para contrarrestar un gobierno que no está dispuesto al compromiso. Desde julio de 2001 se inicia una estación de recogida y difusión de los conflictos sociales, desde el movimiento estudiantil al sindical, desde el de los migrantes a las primeras luchas de los trabajadores de la *new economy*. Un año en el que la extensión de la participación a los momentos de movilización ha sido extraordinaria, en el que las multitudes han sobrepasado las estructuras políticas existentes. La única organización que parece resistirse es el sindicato, pero si miramos más atentamente, caemos en la cuenta de que las nuevas generaciones, cuerpo central, vivo, innovador de los movimientos, no se dejan organizar, huyen también de la rigidez sindical.

Éste es exactamente el punto. El precariado social atraviesa los movimientos sin encontrar un lugar, un espacio político donde estabilizarse; los foros sociales, potenciales espacios públicos y de agregación, en muchos casos producen el efecto inverso. ¿Qué papel juegan los centros sociales? ¿Consiguen ser la forma organizativa de las nuevas generaciones en movimiento? ¿Son capaces de estar en perpetuo movimiento, consiguen reinventar las formas de la política en esa encrucijada entre vida, trabajo y militancia, que resulta a veces liberación, a veces jaula?

03. Una nueva generación de militantes

En estos meses de grandes movilizaciones hemos observado con frecuencia el desnivel existente entre el hacer de las estructuras organizativas, de los militantes cercanos, y la riqueza expresada en las plazas; en ese desnivel queremos indagar, esa nueva actitud juvenil y un nuevo tipo de militancia, temporal (tal vez extemporánea), precaria y huidiza que salpica a todos. Se ha producido una mutación antropológica difícil de leer y de interpretar, también en los centros sociales, que bien siendo lugares de observación privilegiada, tienen dificultad para comprender la complejidad de esa multitud de precarios que los atraviesa, las pasiones, las formas de vida, las frágiles y móviles identidades de esta nueva generación.

Es inútil negar que también los centros sociales atraviesan una fase de crisis subjetiva, de dificultad para agregar, para generar continuidad a los proyectos existentes, de reinventar las formas de la política y de la socialidad. Probemos a individualizar algunos nudos problemáticos y algunas transformaciones.

Tiempo de vida, tiempo de militancia. Uno de los nudos de dificultad es aquél de las formas políticas de la decisión y de la acción común; desde hace años vivimos ya un fenómeno contradictorio, por un lado algunos CSOA experimentan un déficit de iniciativa y reflexión política, absorbidos por la gestión interna del espacio, por otro algunas experiencias asumen cada vez más las formas tradicionales de política, con una separación neta entre los gestores del espacio y los militantes. A menudo estos dos aspectos conviven. En ambos casos, los tiempos de la militancia hacen difícil una participación interrumpida, discontinua, modular. A menudo y por tanto los tiempos de vida de quien atraviesa los centros sociales no coinciden con aquéllos de quienes los gestionan, se agudiza el desnivel y se hace difícil la extensión de la participación.

Community (o giro largo). Junto al limitado grupo de militantes se desarrolla entonces una especie de comunidad separada que, dependiendo del caso, se asemeja más a los frequentadores habituales de un local o a una red de colaboración. La *community* es una especie de extensión del CSOA en la metrópolis; extensión territorial, relacional, proyectual. Al lado, a veces dentro, del CSOA nacen por tanto ocupaciones de casas, revistas, sitios web, cooperativas, colectivos de estudiantes, donde se desarrolla una relación entre política y vida menos totalizadora, donde la militancia asume nuevas formas, donde la autogestión se difunde en territorios diferentes.

Media/activismo. De las radios a las agencias de prensa, de los colectivos de vídeo a las televisiones de barrio, de los portales informativos a los laboratorios de gráficos, la difusión de proyectos de comunicación autónoma en los últimos años se hace capilar. Génova representa el vértice de esta nueva actitud social de hacer comunicación desde sí, directamente; cada uno puede convertirse en media/activista y vector de información. Como los *hacklab*, los distintos proyectos comunica/activos redefinen las modalidades de militancia dentro y en torno a los centros sociales, ponen en discusión la identidad, colocando en el centro la circulación de los saberes y su autoformación. Dificultad y nuevas perspectivas, pero en el fondo la cuestión en juego es si los centros sociales serán capaces de transformarse para hacerse permeables a los movimientos metropolitanos, abrirse a las nuevas formas de activismo político, de flexibilidad y provisionalidad organizativa, a identidades múltiples y móviles que los conviertan en una de las formas de autoorganización del trabajo cognitivo, inmaterial, social.

04. ¿Una nueva generación de centros sociales?

¿Es posible establecer la hipótesis de que después de Génova se esté abriendo una nueva fase para los centros sociales, un nuevo ciclo de ocupaciones que sirve también para repensar el precedente? La llamamos segunda generación, no porque sea un proceso cumplido o temporalmente definible, sino porque a la luz de las transformaciones antropológicas, de las nuevas formas de la militancia, de la centralidad asumida por el saber en la producción, se evidencian con fuerza algunas discontinuidades con el pasado. Intentemos leer algunas transformaciones en acto y algunas posibles evoluciones de los centros sociales de segunda generación.

Del territorio a las redes, de la localización a la difusión. Una de las características que está redefiniendo el hacer de los centros sociales es una mutación de la relación con el territorio circundante. El centro social se difunde en el territorio, reconfigura los espacios, recombina las culturas locales con las culturas de los movimientos, remodula las identidades sobre las proyectualidades, extiende los planos del conflicto. El territorio se vuelca plenamente en la producción de subjetividad. El paradigma de la red redefine tanto la organización interna de los CSOA, las relaciones entre los distintos proyectos, identidades, como las relaciones con los sujetos externos, se asume la dimensión experimental del propio hacer: el centro social deviene laboratorio.

Producción de saberes, autoformación y multidiversidad. La relación continua, bidireccional con los movimientos de estudiantes, el nacimiento de los *hacklab*, la difusión de proyectos de comunicación hacen de los centros sociales lugares de producción autónoma de saberes, nudos de autoformación difusa, en ese cruce entre vida, trabajo, aprendizaje, militancia. Repensarlos como lugares de frontera, tierras en medio de las instituciones formativas (colonizadas por el mercado) y la metrópoli, significa invertir grandes energías en la constitución de escuelas, universidades, centros de estudio autogestionados, abiertos, libres de los vínculos que el capital impone a la libre circulación de los saberes. Significa construir las libres universidades de la multitud, la multidiversidad, espacio de autoorganización del trabajo cognitivo.

Cámaras del trabajo del biosindicato. Desde hace algunos años se viene discutiendo, y en cualquier caso se experimenta, en torno a la necesidad de dotar a los centros sociales de estructuras de sustento legal, informativo, de encuesta para los precarios que cotidianamente viven estos espacios, como instrumento de autoorganización del trabajo postfordista. En el último año este debate se ha vuelto de gran actualidad, frente a la explosión del movimiento sindical y a la manifiesta incapacidad de organizar y representar el complejo mundo del trabajo atípico y del precariado difuso. En estos años los centros sociales han construido alrededor de las formas de vida, de la comunicación, de la socialidad y del conflicto formas de identificación generacional y social, pero sin conseguir hacer, por ejemplo, de la renta de ciudadanía un punto de condensación de las luchas y de la extensión de los derechos. Los experimentos lanzados en el último año van en una dirección interesante. De la generalización de la huelga al Mayday, de los piquetes de las calles y de las fábricas a las *street parade* de Milán, esa multitud que atraviesa los centros sociales se ha dado el nombre de precariado social y ha buscado reinventar las formas del conflicto. Si el precariado se ha disuelto en múltiples y mutantes identidades, se hace necesario encontrar diferentes modalidades organizativas y comunicativas y los centros sociales pueden ser espacios de relación entre éstas. Parece entonces necesario entrelazar las diferentes dimensiones del trabajo postfordista, desde la falta de derechos a la capacidad de producir autónomamente, desde el deseo de libertad organizativa a la necesidad de la renta, desde las formas de vida al tiempo de trabajo. Cuando el trabajo y la vida se unen indisolublemente, hace falta inventar un sindicato biopolítico, al mismo tiempo controvertido y universalista, reformista y revolucionario, capaz de sustraer saberes al capital y liberar la potencia creativa de la corporación social. Las cámaras del trabajo de este biosindicato son los centros sociales de segunda generación, espacios de composición de la multitud.